

## PROVINCIA DE CAMPANIA (Sur de Italia)

*Año 725 de Roma (primavera del 29 a. C.)*

AJENO al continuo ir y venir de sus esclavos, entretenidos en sus quehaceres diarios, Octavio, ligeramente recostado sobre la hamaca, disfrutaba entusiasmado de la siempre relajante visión de las altas olas arremetiendo furiosas contra las rocas. De no ser por su repentino ataque de bronquitis –enfermedad que arrastraba desde su juventud– aquellas dos semanas en las que había decidido alejarse del tumultuoso bullicio de Roma, disfrutando por fin del merecido descanso que había postergado durante meses, le habían permitido gozar de los placeres terrenales como cualquier ciudadano libre. La idea había sido sugerida por su íntimo amigo Mecenas, que poseía una lujosa villa en las afueras de Pompeya, a los pies del Vesubio. Una sola mención de la propuesta a su esposa Livia<sup>58</sup>, había bastado para que ésta, ilusionada, emprendiese los preparativos. Octavio, que verdaderamente necesitaba aquel reposo, decidió no privar también a su querida del mismo, vistas las muestras de alegría de su inmediata respuesta.

Sin embargo, Pompeya se había transformado en una ciudad atestada de gente, y aunque pareciese extraño en una persona acostumbrada a dirigir multitudes, Octavio detestaba las aglomeraciones. Si además, a esto se unía la

---

<sup>58</sup> Hay que recordar que Augusto se había casado ya dos veces, aunque ninguno de sus anteriores matrimonios pudo hacerlo dichoso. Primeramente, y para demostrar su buen entendimiento con su aliado Marco Antonio, se había casado con Claudia, hijastra de éste, más la unión nunca llegó a ser consumada. En sus segundas nupcias, la elegida fue Escribonia, viuda de dos anteriores matrimonios, con la que tampoco obtuvo el resultado apetecido. Por último, Augusto se encaprichó de una joven de la alta aristocracia romana, Livia Drusila. A sus veintidós años, a pesar de estar casada con Tiberio Claudio Nerón y embarazada de casi seis meses, fue obligada a abandonar a su marido –es de suponer que con el consentimiento de éste– y casarse con Augusto. Es cierto que al unirse a Livia, Augusto entraba a formar parte de la alta sociedad romana, pero también es cierto que ella obtuvo premio a sus obsesiones, tal y como sentencia la historia, pues uno de los vástagos de su anterior matrimonio –Tiberio– fue proclamado emperador a la muerte de Augusto. Veía así cumplidos sus sueños de tener la oportunidad de regir los destinos de Roma.

circunstancia de que durante su estancia en la ciudad del volcán, no cesaron de llamar a sus puertas muchos de aquellos de sus antiguos soldados que fueron recompensados con tierras por la zona, deseosos, una vez enterados de la estancia de su general en la provincia, de expresarle su gratitud, era de esperar que al cabo de tres días, Octavio decidiera cambiar de aires.

Al principio meditó refugiarse en la próxima ciudad de Herculano, desechando la idea por ser ésta, debido a su activo puerto, una ciudad que no le reportaría la tranquilidad necesaria. Por fin tuvo la feliz ocurrencia de instalarse en Cumas, antigua ciudad costera fundada por los griegos, donde en los últimos tiempos las clases altas de la burguesía romana habían decidido construir un sin fin de apacibles y tranquilas villas. Allí había conseguido retirar a un rincón de su mente, tanto la política como los acuciantes problemas económicos en los que se veía inmerso el Imperio, necesitado de una pronta recuperación de los ingentes costes que consecutivos y sangrientos enfrentamientos internos habían conllevado. A pesar de que la incorporación de los territorios Egipcios constituía una notable fuente de ingresos, éstos no eran suficientes, y Octavio, aunque amaba a Roma, no estaba dispuesto a sacrificar innecesariamente su fortuna personal –por otro lado–, considerablemente elevada. Durante sus paseos por la montaña infestada de grutas –una de ellas el renombrado corredor donde la famosa sibila cumana realizó sus profecías– olvidándose momentáneamente de todo, había paladeado lo que significaba la placentera sencillez de ser, no el elegido para salvaguardar los destinos del Imperio, sino una persona corriente y común. Sin embargo, toda aquella sintonía había sido rota de repente, dos noches atrás, con aquella nefasta e inesperada nueva crisis de salud, lo que le había obligado a trasladarse y recluirse en el complejo termal de la ciudad de Baiae, reconocido por sus excelencias en el tratamiento de enfermedades hepáticas y digestivas. Afortunadamente los dolores habían remitido progresivamente, aunque para evitar recaídas sus médicos le habían aconsejado permanecer en reposo varios días aún, concediéndole, eso sí, la oportunidad de disfrutar con unas magníficas vistas del mar.

Mientras a su lado, Livia, siempre pendiente de su estado, se entretenía tejiendo una bella tela, Octavio se consideraba bendecido por los dioses por su compañía, pues a pesar de que se habían confirmado los temores de su incapacidad para engendrar en ella un descendiente, la mujer parecía no haber dado importancia al asunto, y eran tales la entrega y el especial encanto que siempre desplegaban sus ademanes, que su dedicación compensaba con creces aquella irreparable desgracia.



*Ruinas de Pompeya. Campania, Italia. Fotografía del autor.*

En esto, el oficial al mando de la guardia que se encargaba de su vigilancia personal se presentó ante ellos. Octavio percibió por sus inquietos movimientos que no traía buenas noticias.

—¡Lamento importunaros, mi Señor! —se presentó—. Ha llegado un emisario y parecen asuntos importantes —le comunicó, tendiéndole un pergamino lacrado.

—¡Gracias Sexto, puedes retirarte! —ordenó Octavio, recogiendo el rollo.

Ciertamente, las noticias que acaban de llegar a sus manos no transmitían nada esperanzador. Se trataba de un informe procedente de Hispania, en el cual el procónsul Estatuilio Tauro, gobernador al mando de la Provincia Ulterior (una de las dos en las que se dividía la Península, la otra era la Citerior). Su subordinado le informaba que, a pesar de haber logrado importantes conquistas frente a las tribus vacceas que ocupaban la zona norte de dicha Provincia, persistían las negativas de las aún no dominadas a pactar con sus tropas y entregarle el control de sus territorios. Aquellos terrenos, por su proximidad a los bárbaros pueblos del norte peninsular, eran de vital importancia para el futuro funcionamiento del engranaje romano. Disgustado, Octavio arrojó furioso el pergamino al suelo, gesto que sobresaltó a Livia, que lo miró interrogante.

—¡No te preocupes mujer! Solamente son pequeños asuntos que tienen la virtud de importunarme, nada más —le aseguró intentando parecer convincente.

Livia sonrió, aunque en el fondo sabía que aquella carta había alterado profundamente la tranquilidad de su esposo, por lo que su importancia debía ser mayor de la que él quería dar a entender. A pesar de ello, conocedora de la resolución de su marido cuando se enfrentaba a problemas que se presentaban difíciles, volvió el rostro, decidida a no importunarle más con preguntas que sólo contribuirían a empeorar su humor.

No se equivocaba. La incansable maquinaria mental de su esposo había comenzado a trabajar, consciente de la necesidad de comunicar a Estatuilio Tauro la manera de encontrar una pronta resolución a aquellos problemas.

De nada habían servido los ataques continuados a los vacceos por parte de sus generales —Cayo Norvano Flaco en el año 34 a. C., Lucio Marco Filipo en el 33 a. C., y cuatro años atrás, en el 32 a. C., Aprio Claudio Pulcher, triunfos que habían sido celebrados y festejados con gran pompa en Roma—, pues, como en éste último por parte de Estatuilio, aquellos bárbaros, temerosos sólo de sus falsos dioses, habían vuelto a sublevarse, ignorando los sucesivos emisarios que su legado envió posteriormente.

Era preciso actuar, y hacerlo con contundencia. De otro modo podía darse la posibilidad de que las restantes tribus se vieran animadas por la enconada resistencia de sus hermanos y se unieran a ellos, alargando durante meses –o quizás años– aquella rebelión contra Roma, la cual, los dioses así lo querían, acabaría dominándolas.

Con paso enérgico Octavio se levantó y se retiró a su dormitorio, haciendo avisar a su escribano. Éste, pasados varios minutos, apareció en la estancia.

–¡Quiero que transmitas un mensaje urgente, que partirá, a lo sumo dentro de dos días, hacia Hispania! ¡Te hago custodio personalmente de él y de su envío! –le advirtió.

–¡Se cumplirá según ordenas, Octavio! –contestó sumiso el individuo, de complexión baja y mirada huidiza–. Apresurándose, tomó asiento dispuesto para la escritura. La voz enérgica y poderosa de Octavio invadió la estancia.

»Apreciado Estatulio. Creo que no será necesario darte pormenores de la situación de frustración y decepción en la que me encuentro sumido tras la lectura de tu misiva. Baste como muestra de ello mi rápida respuesta.

»Hasta ahora, y en todo momento, has contado siempre con mi total confianza, por lo que considero inapropiado retirártela en este momento. A pesar de ello –le advirtió– te ruego reconsideres seriamente tu situación y el nuevo fracaso que demuestran tus actuaciones. Sobradamente conoces tu trabajo y las tareas que conlleva, por lo que no seré yo el que intente darte consejos. Simplemente te haré una advertencia –le previno, mientras, imaginándoselo junto a él, su voz semejaba el peligroso silbido de las serpientes al atacar–. Conocedor como eres de la importancia de los terrenos que intentas controlar en el futuro papel del Imperio, ya que su dominio nos permitiría por fin poder reorganizar todo el Occidente Mediterráneo y dejar definitivamente zanjadas y delimitadas las fronteras de nuestro territorio, además de ver cumplidos mis deseos y empeños personales en poseerlos, no veo la causa que te disuade para no emplear todos tus esfuerzos en conseguir dominar el cuadrante noroccidental de Hispania, aunque –añadió– supongo que, mientras dicto esta misiva, estarás ocupado en tomar las medidas apropiadas para lograrlo, para las cuales, como siempre, sigues contando con mi total apoyo.

»Entiendo que lo que te pido es misión difícil en terreno tan complicado, por lo que mi comprensión es en este caso doblemente benevolente. Sin embargo, no olvides que la paciencia es virtud que cultivan los pensadores y los filósofos, no los guerreros.

»Ansío recibir prontamente esperanzadoras noticias de tu mano, lo cual, imagino, será deseo mutuo. Confío en tu profesionalidad y en tu empeño, y anhelo, en favor de la personal amistad que nos une, que demostrarás que no estoy equivocado en ello.

»Cordialmente, Octavio César Augusto. ¡Salve Roma!

–¿Deseáis algo más de mi humilde persona, señor? –preguntó el escribano, alargando el pergamino para que César imprimiera en él la impronta de su sello.

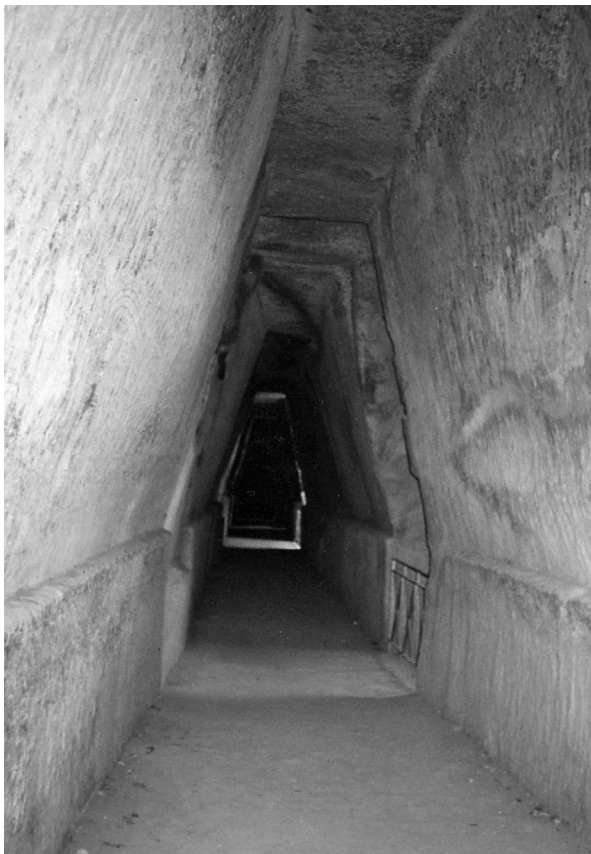
–¡No, puedes retirarte! –contestó cortante Octavio, que persiguió la salida del individuo con la mirada, hasta que su sombría persona desapareció tras las gruesas cortinas.

En su interior, Octavio esperaba que su gobernador no defraudara la confianza que había depositado en su persona al ponerlo al mando de una de las escasas zonas del Imperio que aún se resistían al dominio romano. Como el experto y sabio estratega que era, confiaba en que la suspicacia de su subordinado descubriera la velada amenaza que llevaba implícita su misiva, motivándole lo necesario para que actuara consecuentemente. Si a pesar de todo, su estrategia no daba resultado, su firme conciencia no le haría dudar a la hora de adjudicarle su merecido castigo. Intentando alejar todos aquellos pensamientos momentáneamente, salió al exterior con la intención de pedir disculpas a Livia, con la sana convicción de reconocer ante su esposa que su comportamiento había sido demasiado grosero.

Sin embargo, mientras avanzaba a través del pictórico jardín rodeado de palmeras, no pudo evitar que, de nuevo, la inquietud ante la problemática surgida en el territorio hispano se instalara en su mente. Su deseo de implantar definitivamente la paz en todos los rincones del Imperio se tambaleaba.

¿No se daban cuenta aquellos bárbaros –pensó irónico– de que la tutela de Roma les proporcionaría mayores beneficios y un grado de comodidad desconocido para su cultura? ¿Estaban tan pobremente instruidos que no alcanzaban a comprender que les tendíamos la mano? Después de todo, no éramos tan mala gente.

Esta última reflexión debió traer agradables recuerdos a la memoria de Octavio, pues repentinamente estalló en una sonora carcajada, que provocó que Livia, sorprendida por el brusco cambio de humor de su esposo, se levantara y corriese a su encuentro. Octavio la recibió complacido y ella, comprensiva, se dejó acariciar por sus robustos brazos, abandonándose al suave arrullo de las olas.



*Interior del Oráculo del Antro de la Sibila. Cumas, Italia. Fotografía del autor.*

En aquel mismo instante, un legionario abandonaba el edificio por la parte trasera. Espoleaba con tal furia su montura que los caminantes tuvieron que apartarse y retroceder a su paso. El emisario cruzó veloz la ciudad de Baiae, permitiendo solamente un ligero respiro a la bestia que montaba cuando la estilizada silueta del puerto apareció frente a sus ojos.